

ESCRIBIR CONTRA LA DEVASTACIÓN

Cátedra Julio Cortázar, Enero 2017

Cristina Rivera Garza

Permítanme, antes de empezar nuestra charla hoy aquí, en la Cátedra Julio Cortázar, recordar un incidente que me pasó en Guadalajara la última vez que estuve aquí. Fue en el contexto de la Feria del Libro. Había aceptado una invitación para hablar de literatura—de escritura, corregía yo—con un grupo de estudiantes de preparatoria. Una preparatoria pública. Los muchachos esperaban ya, inquietos y expectantes, en un auditorio de techos altos. Los maestros de la institución habían asignado algunas lecturas y, a cambio de algunos puntos extras, habían logrado atraer un buen número de estudiantes al evento. Antes de empezar, justo como hoy mismo, le pregunté a uno de los maestros qué clase de literatura impartía. Me vio con suspicacia o recelo. Sonrió. Dijo: en las preparatorias del estado ya no se imparten clases de literatura. Estaba y estoy al tanto de los esfuerzos realizados a nivel federal para descartar las clases de filosofía en preparatorias públicas y, por eso, aunque sorprendida, no quedé estupefacta. Pero sí extrañada. ¿En la ciudad donde se han celebrado los 30 años de la FIL no se daban clases ya de literatura? ¿Qué podía decir aquello? ¿Qué, además del proceso de americanización de la educación pública mexicana que ha optado, como la educación en los Estados Unidos, por proveer a los estudiantes menos con una educación humanística y crítica y más con un entrenamiento diseñado a potenciar sus posibilidades de empleo y remuneración en un mercado cada vez más competitivo y salvaje? ¿De qué otra manera podemos

explicarnos que la educación pública abdique de la enseñanza de la literatura pero que la ciudad donde se lleva a cabo esa educación pública conserve inalterable el lazo con la Feria en la que se celebra a literatura?

Tal vez hay otra manera de abordar esta aparente paradoja. Quizá existe una explicación no necesariamente opuesta sino acaso complementaria. Es un secreto a voces que la literatura, la Literatura con L mayúscula, ha ido perdido capital cultural precipitadamente desde fines del siglo XX, un proceso que se ha acentuado a lo largo de este siglo debido, en parte, al activo horizonte de tecnologías digitales y visuales de nuestros días. La Literatura no sólo ha sido desbancada de las jerarquías más altas de la alta cultura sino que ha perdido, además, contacto vivo, carnal, óseo, con sus lectores. En efecto, una cierta Literatura elitista, más interesada en confirmar sus escalafones y sus piramidales estructuras que en investigar críticamente el mundo, ha levado anclas y se ha retirado, cansada aunque hermosa, a sus aposentos. ¿Y quién entre un grupo de jóvenes rubicundos estaría interesada en acompañarla a su guarida?

Pero las preguntas no paran ahí.

¿Cómo, entonces, fue que esos 100 o 200 jóvenes que llenaban el auditorio de una preparatoria pública donde ya no se imparten clases de literatura me escucharon con un interés denso y entero, jubiloso casi, a la expectativa? ¿Cómo es que fueron haciendo preguntas a la vez jocosas y pertinentes, profundas, y escuchando las

respuestas solo para renovar la conversación con nuevas interrogantes? ¿Qué le pedían a la literatura ahí, en ese mismo auditorio, y qué les estaba dando la literatura en ese momento, utilizándonos a todos los presentes como una especie de médiums sin sujeto? ¿Por qué pudimos platicar de libros, de personajes, de prácticas de atención y estrategias de despliegue escritural como si no tuviéramos otra cosa más importante que hacer en el mundo?

Decía Knausgard que nadie lee a Dostoievski como una muchacha de 16 años. Es justo entonces que tenemos el suficiente tiempo y la suficiente curiosidad para hacernos preguntas inmensas, preguntas imposibles. Los muchachos de la preparatoria aquella debieron andar por esa edad, en todo caso sus preguntas, en apariencia simples, en apariencia planeadas para obtener unos puntos extra en una clase, se lanzaban con la precisión que solo a veces provoca la duda existencial, ese interés que va más allá del intercambio mercantil o la ganancia. O la obediencia.

Tal vez ahí, en ese instante de compartencia generosa y dinámica, en esos momentos en que suspendimos la disciplina del entrenamiento educativo y nos dimos a la tarea de crear lazos de sentido entre nosotros mismos con base en o a través de textos leídos y auscultados, de experiencia observada y narrada, se encuentre la clave de la abdicación estatal de la literatura, la captura de la literatura por el mercado, y la sobrevivencia a toda prueba de algo que con cada vez más frecuencia tiendo a llamar escritura y no literatura.

Porque la pregunta que me concierne aquí, la que me anima a estar de pie aquí, frente a todos ustedes, es precisamente la pregunta acerca de lo que sobrevive, de lo que es todavía relevante para nosotros—esos muchachos de preparatoria, esta mujer de 52 años, ustedes incluidos—, de lo que apasiona y anima, de lo que despierta y resiste en esos textos escritos en papel o registrados en la pantalla o inscritos en formatos públicos o dibujados en servilletas desgastadas justo en un tiempo en que nos hemos movido lenta pero inexorablemente de la destrucción a la devastación del capital sobre o en contra de la superficie de la tierra.

Mi pregunta tiene que ver con nuestra presencia en conjunto hoy aquí. Porque me niego a creer que nos hemos encontrado, que nos hemos dado cita los unos a los otros, solo para participar ciegamente o en complicidad con la manipulación de un mercado que entre más amplio resulta más abstracto y más incontestable. No somos tan inocentes, no somos tan ingenuos, no necesitamos que ningún gurú nos venga a contar del rey que se pasea desnudo frente a nuestros ojos. Pero también me niego a creer que lo que nos convoca sea el quejido suave y melancólico y auto-glorificante de una entidad que no ha salido de su torre de marfil desde hace décadas. Quiero creer, por el contrario y por eso vine aquí a reunirme con ustedes, que lo que hacemos al abrir un libro o al encender un texto es participar de algo mucho más íntimo y mucho más imperioso a la vez. Venimos a reconocernos en nuestra especificidad y nuestra diferencia. Y venimos, también, acaso sobre todo, a desconocernos. Venimos a crear lazos. Venimos a participar en esa conversación que inició, tal vez, dentro de una frase, en los labios de un personaje cuya fisonomía

sólo nosotros conocemos, y de la que ahora depende lo que hagamos con el resto de nuestras vidas. Venimos a lo que sigue después de leer, pero que se generó gracias a la práctica de lectura, que es interrogarnos en conjunto, unos a otros; que es inventar una vida, una práctica de vida en la que nuestros días vuelven a chocar la mano con el asombro.

¿Y sirve eso de algo cuando nos asedian un montón de día aciagos, justo al inicio de un tiempo que sólo promete oscuridad y terror ya sea en forma de deportaciones masivas o gasolinazos, carestía, inflación, precariedad? Vengo a decirles que sí. Que eso importa hoy más que antes. Más que nunca.

Se nos dice que todo está mal, que el país está mal, que el mundo está mal—y tenemos suficientes evidencias para no dudar de las voces de alarma. Pero hay que tener cuidado en estar de acuerdo demasiado pronto con las alegatos de la desesperanza y la claudicación. Hay que prestar oído y estar atentos. Porque, cuando se nos dice que todo está mal, con frecuencia lo que se nos dice en realidad es que nosotros estamos mal. Se nos dice, como argumenta Fred Moten en ese hermoso y combativo libro que es *Los abajocomunes*, que tenemos que corregirnos. Que la obediencia—cualquier tipo obediencia mientras sea dócil, mientras sea total—se premiará con la sobrevivencia. Pero a mí lo que me enseñaron los libros antes de enseñarme cualquier otra cosa fue a dudar. A poner en duda. Y por eso digo que a los libros les debo la rebeldía.

No hay una sola versión de la historia, me dijo todo libro de ficción y todo fragmento de poesía. Lo que parece natural e inexorable es, de hecho, apenas una de las muchas rutas que el mundo pudo tomar, me dijeron cada uno a su manera todos los ensayos, todos los cuentos. Las posibilidades están aquí, me dijeron todos y cada uno de los libros que leí, señaladas apenas, listas para saltar al mundo y producir realidad. Experiencia. Vida concreta. Algo material. Porque los libros no sólo nos ayudan a conocernos, que es otra forma de confirmarnos, sino también a desconocernos, a producir en nosotros algo que sólo sospechábamos o que, de plano, nos toma por sorpresa, rebasándonos.

¿Y no es ésa la mejor descripción del amor?

Por mucho tiempo se nos ha dicho que la escritura es un quehacer solitario cuyo destino es ser materia de ocupación de unos cuantos. Y he aquí otra cosa que vengo a decir: no se la crean. La escritura es una labor de muchos, es una tarea en la que nos conectamos con otros, es, de hecho, un estar-con-otros. No hay solistas; sólo hay acompañamiento, cito una vez más a Fred Moten. La escritura está al alcance de todos los que practicamos el lenguaje. La escritura es nuestro alcance. Una vez más, no necesitamos gurús que vengan a decirnos que estos u otros no tienen derecho a meterse en asuntos de escritura, que no saben lo suficiente, que no deben, que no. Estoy segura que no digo nada nuevo si digo aquí que cuando se dice que estos u otros por lo regular se quiere decir mujeres, o pobres, o campesinos, o todos aquellos que no sean hombres y miembros de las clases medias urbanas del centro

del país. Nos tratarán de callar, y lo hacen todo el tiempo, y por eso es más necesario que nunca seguir escribiendo. Inventarán infundios, difamarán, se convertirán en nuestro Trumps privados, y por eso es necesario seguir escribiendo. Entre el ruiderío y los ataques más arteros, escribir. Porque la palabra que estoy leyendo ahora, escrita hace tiempo, viaja despavorida para sobrevivir y alzarse y dar la cara.

La escritura nos enseña eso también: a dar la cara. Pocas cosas tan extrañas como ver un rostro. Es fácil bajar la vista cuando, entre el maremoto de presencias que obnubilan el contacto interfacial en la vida cotidiana, emerge, desnuda y abierta, vulnerable y promiscua, la cara. En el rostro es que el ser humano está más desnudo, escribió tantas veces el filósofo Emmanuel Levinas. Ante su presencia es fácil experimentar el escalofrío, de clara raigambre platónica, y sus acompañantes: el espanto y el sudor. Nunca nadie está preparado para tal visión y, simultáneamente, pocas cosas son más esperadas que ese espacio de intimidad cuatro-ojos, como lo denomina Peter Sloterdijk, del rostro que ve otro rostro: del rostro que, viendo, se sabe también mirado. Ya con la lujuria efímera del que captura una faz al pasar por la calle o ya con el cuidado medroso del amante que se pierde una y otra vez en una cara que conoce y al mismo tiempo quiere conocer, la mirada que se topa con la superficie de un rostro no tiene otra alternativa más que entrar en él —en la rasgadura del rostro, en la vulnerabilidad del rostro— produciendo ese espacio de alterada intimidad que, según Sloterdijk, es definitivamente redondo. Por eso la escritura es valiente.

La escritura nos conmina a ver, nos obliga a ver a otros sin dejar de vernos. Al hacerlo, al invitarnos a implicarnos en este juego especular, la escritura nos lleva de la mano lejos de la indolencia—esa posición tan cómoda entre aquellos a los que les interesa la confirmación del estado de las cosas; esa posición tan común entre los que, sabiendo, entre los que, viendo, deciden sumarse a los ejércitos de la indiferencia. La indolencia, la incapacidad de dolerse, es una indiferencia militante. Cuando decimos que un libro nos conmueve, en realidad decimos que un libro nos ha librado de la indolencia. Sólo cuando estamos más allá de la indolencia podemos interrogar a nuestro entorno sobre las causas de la desdicha o el infortunio. Por eso dolerse va más allá que la empatía. Por eso dolerse no tiene nada que ver con victimizar a la víctima volviéndola una víctima pasiva o sin agencia. Por eso dolerse es una postura crítica. Urgente y crítica.

Si la escritura, como dijera Ricardo Piglia, hace posible la pregunta sobre el origen de la paradoja (sin paradoja, lo dijo muy al inicio de sus tesis sobre el cuento, no hay cuento), también y por lo mismo hace posible la pregunta sobre las causas de la desgracia, de lo que no embona, de lo que, por ser justamente así, resulta de interés para la investigación literaria. Si la escritura crea el espacio para esa pregunta, entonces y por consecuencia también crea el espacio para la pregunta sobre la justicia. La escritura pues hace posible la pregunta sobre la destrucción y, una vez ocurrida, en las mismas ruinas de su paso, la pregunta sobre la devastación. Cuando todo parece normal o inexorable, cuando todo indica que así iba a suceder, la

escritura salta y mira alrededor y regresa a la pluma y dice, no. Esa salvaje indomable palabra: NO. Aquí hay un grieta, esto es difícil de explicar, esto apunta a otra cosa y esa a otra más. Las posibilidades son inmensas, inauditas acaso, pero no inimaginables. Esa terquedad de la escritura es la que he querido para mí. Y es la que quiero compartir con ustedes hoy.

Hay una pena de muerte generalizada, nos recuerda Sergio Villalobos-Ruinott mientras discurre sobre las condiciones de devastación del capitalismo contemporáneo. En México, la así llamada Guerra contra el Narco no sólo ha generado una cantidad horrisona de muertos y de muerte, sino que también ha contribuido al despojo del que son víctimas los vivos. Ya desalojada, aparentemente yerma y sola, la tierra y su riqueza escondida vuelven a ser objeto de la apropiación rapaz de las elites políticas y corporativas tanto nacionales como extranjeras. Ante esta aplastante acumulación de saña, ante la excavación feroz, continua, mortífera en nuestros cuerpos y en nuestras almas, quedan las fuerzas menores—menores pero insidiosas, menores pero punzantes, menores pero regadas en cada viruta de polvo que vaga por el cosmos—que hacen posible esa pregunta, esas preguntas. La escritura, que no tiene respuestas, tiene, sin embargo, la gracia de abrir el espacio en nuestro lenguaje y en nuestros días y en nuestras conciencias para las preguntas que de verdad importan, las que llevamos cargando toda la vida, desde esos 13 o 16 años en que empezamos a leer los libros o participar en las conversaciones que nos marcarían para siempre. Preguntar es una práctica, una acción concreta que, al

invocar una respuesta, al requerir una atención, transforma la materia misma de la interrogación.

Por eso es posible decir que la escritura nos ofrece un domicilio. Una vivienda permanente. Hospitalaria como pocas, nos acoge y nos alberga y nos da refugio. Nos cura también. Nos permite descansar un poco cuando necesitamos fuerzas y, luego, nos regala esas fuerzas para seguir perforando el presente con preguntas cada vez menos abstractas, más certeras. Tiro al blanco.

No soy una optimista, soy terca. Tal vez como decía la escritora Marina Azahua citando a su vez a una de sus profesoras no hace mucho tiempo: no necesitamos esperanza sino obstinación. Tenemos que insistir. Nunca quitemos el dedo del renglón. Dicen que es el momento de salir a la calle, pero nosotros siempre hemos estado en la calle. Esta escritura que no oculta su deuda con otros, esta escritura que es la deuda con otros, vive afuera, a veces aterida o a veces suavemente cobijada por extraños. No hay contradicción alguna entre ese continuo y necesario salir a la calle y ese entrar en el proceso de la escritura. Estamos hablando del derecho y el revés, y el envés, del mismo proceso.

Insisto ahora, como antes alguna vez y veces:

Porque nos volvemos sociales en el lenguaje. Mi yo de ti. Tu tú mío de mí. Nuestro ustedes de ellos.

Porque la escritura, por ser escritura, invita a considerar la posibilidad de que el mundo puede ser, de hecho, distinto.

Porque el mecanismo secreto del texto es la imaginación.

Porque aquí se extiende una manta donde claramente se lee “el lugar de la escritura es también allá afuera, justo frente a tus ojos, en el espacio público de tus pasos y de la deuda con otros”.

Porque la imaginación es otro nombre de la crítica y, éste, el otro nombre de la subversión.

Porque el que escribe no se adaptará jamás.

Porque acaso el ser de la escritura no consista más que en dar la cara y, de ser necesario, en ofrecer la otra mejilla. La poesía no se impone, decía Paul Celan, se expone. Pero esas son cosas menores. Porque encarar, es, sobre todo, encarar a la muerte. Colocarse en pos de lo desconocido o, lo que es lo mismo, lo oscuro. En esa actitud ética y estética de la exposición que abre y, al abrir, vulnera, ahí donde surge con singular apremio la certeza de que la muerte, independientemente de su circunstancia, es una violencia, ahí, en ese camino, tanto el rostro como la poesía van solos. Están solos. Por eso también.

Porque la memoria.

Porque la escritura nos enseña que no hay nada “natural”. Las cosas están más cerca de lo que parecen, eso dice también la escritura.

Porque a través de ese artefacto rectangular que es el libro nos comunicamos con nuestros muertos. Y todos los muertos son nuestros muertos.

Porque la oración produce la memoria donde habitarán para siempre los nombres de Marco y José Luis Piña Dávila, Ciudad Juárez, Chihuahua, Enero 30, 2010.

Porque el contorno de la página es también el límite de lo real.

Porque aquí hay una manta donde se lee “diles que no me maten”.

Porque pertenecer es algo que hago a través de ti, oración.

Porque hay un abismo al final de cada línea por la que vale la pena despeñarse. O lanzarse. O desaparecer.

Porque mira cómo se arranca de sí el verbo arrancar.

Porque también es lo que escribiríamos en caso de que escribiéramos.

Porque, en su quehacer de palabra, cada palabra cuestiona las costumbres de nuestra percepción.

Porque una línea es una imprecación o un rezo.

Porque el terror se detiene ahí donde se detiene, inscrita, la palabra terror.

Porque hay voces que vienen de lejos, de abajo, de más allá.

Porque utilizar el lenguaje o dejarse utilizar por él, eso es una práctica cotidiana de la política. Trastocar los límites de lo inteligible o de lo real, que eso y no otra cosa es lo que se hace al escribir, es hacer política. Independientemente del tema que trate o de la anécdota que cuente o del reto estilístico que se proponga, el texto es un ejercicio concreto de la política. Mi mano, sobre todo la izquierda aunque también la derecha, es pura política. Pues eso.

Porque dentro del libro siempre saludo al extraño que conozco tan bien.

Porque la oración produce la memoria donde habitará para siempre el nombre de Lucila Quintanilla, Monterrey, Nuevo León, Octubre 6, 2010.

Porque todo empieza, en efecto, con un signo.

Porque un párrafo es un deporte extremo.

Porque se necesitan palabras para decir Yo no le doy la mano, señor Presidente. Yo no le doy la bienvenida.

Porque el lenguaje es una forma del No que siempre nos lleva a otra parte; sobre todo a esa otra parte impensada de nosotros mismos.

Porque es sólo a través de la escritura que se funda el aquí. Porque el ahora.

Porque “mientras la violencia invade y adquiere formas inauditas, la lengua contemporánea tiene una dificultad para darle nombres plausibles: Martín y Bryan Almanza: Nuevo Laredo-Reynosa-Matamoros, Abril 2010”.

Porque en el rectángulo de la página me alimento y sueño y me zambullo y muero.
Porque ahí, también, renazco. Renacemos.

Porque la palabra esqurla, la palabra soldado, la palabra impunidad.

Porque esto es una forma, la más definitiva, del plural.

Porque aquí hay una manta donde está la historia de la mujer que elabora flores de

papel para llevarlas al cementerio cada fin de mes, esperando a la justicia, conminando a la justicia.

Porque ante las preguntas: ¿vale la pena levantarme en la mañana temprano sólo para seguir escribiendo? ¿Puede la escritura, de hecho, algo contra el miedo o el terror? ¿Desde cuándo una página ha detenido una bala? ¿Ha utilizado alguien un libro como escudo sobre el pecho, justo sobre el corazón? ¿Hay una zona protegida, de alguna manera invencible, alrededor de un texto? ¿Es posible, por no decir si deseable, empuñar o blandir o alzar una palabra? Mi respuesta sigue siendo Sí.

Porque “sí” es una palabra diminuta y sagrada y salvaje al mismo tiempo.

Porque, francamente, no sé hacer otra cosa.

Porque aquí hay una manta donde se lee “somos un país en duelo”.

Porque dentro de estas palabras siguen palpitando los nombres de los 41 niños que murieron en la Guardería ABC, en Hermosillo, Sonora, 2009.

Porque Ayotzinapa.

Porque, a diferencia de los así llamados “hechos alternativos” que sólo admiten una lectura y una ejecución, la escritura abre el espacio para que alguien, para que tú,

para que nosotros preguntemos por la verdad, cuidemos a la verdad, habitemos en la verdad.

Porque qué. Y porque sí. Y pues estos.

Porque yo no olvido. Porque no olvidaré. Porque si es parte del hablar y del escribir entonces cabe la posibilidad de que no olvidaremos.